

Miguel Ángel, Murillo y el catecismo

*Mons. Albino Luciani*¹

Catecismo es una palabra griega que significa: “hablo desde lo alto”.

Hoy esta palabra se emplea en tres sentidos: a) enseñanza a viva voz de la religión («ir al catecismo»); b) libro que contiene las verdades religiosas de forma sencilla y llana («comprar un catecismo»); c) las verdades mismas contenidas en el libro o expuestas en la enseñanza («el catecismo nos enseña que...»).

El primer significado de enseñanza es más común. Se ha de estar atento, sin embargo, a que se trata de una enseñanza especial: no es solo instrucción de la mente, sino educación de toda la vida: no mira solo a poner en la cabeza algunas nociones, sino que transmite convicciones sólidas, tan vivas y fuertes que conducen a las obras buenas, a la práctica de las virtudes. Me explico.

Tengo dos catequistas: el primero habla y explica bien, pero no hace mejores a los niños; el segundo es menos capaz, pero sabe obrar bien con el ejemplo, con la convicción que lo anima, con sus exhortaciones, que en su escuela los niños llegan a ser más buenos, se contagian de ganas de ir a la Iglesia, rezan con gusto. El segundo vale mucho más que el primero como catequista. Tengo dos niños: uno se sabe de memoria el texto y lo comprende, pero su vida no corresponde a las enseñanzas del texto. El otro recuerda poco, pero se esfuerza por llegar a ser mejor y poner en práctica lo que ha estudiado. Este ha aprendido el catecismo de verdad.

Preguntaron a Miguel Ángel: «¿Cómo hacéis para dar forma a estatuas tan llenas de vida?». Respondió: «Las estatuas ya están en el mármol. Todo está en sacarlas fuera». Los niños son como el mármol, como la materia prima: de ella se puede sacar hombres de bien, héroes, y hasta santos. Esta es la obra del catequista. Si dejan a un lado el catecismo no sabrán qué me-

¹ Nota de la Redacción: Este escrito del papa Juan Pablo I fue recuperado y publicado por *L'Osservatore Romano* el 30 de agosto de 2013.

dio usar para hacer buenos a los pequeños y a los grandes. ¿Hablaréis de la «dignidad humana»? Los pequeños no comprenderán de qué se trata, los mayores se mostrarán indiferentes. ¿Pondréis de relieve el «imperativo categórico»? Peor que peor. Es bien distinto, en cambio, si habláis a pequeños y grandes de Dios que todo lo ve, que premia y castiga, que dio una ley santa e inviolable, que ofrece los sacramentos para fortalecer nuestra voluntad buena, pero muy débil e inconstante. (...) El catecismo explica por qué se sufre en este mundo, cómo hay que usar la riqueza, por qué todos deben trabajar. Nos presenta a Cristo como modelo y nos dice: ¡Actuad como él! Es vuestro hermano. Os quiere mucho, os perdona, viene a vivir en vosotros. El catecismo nos grita continuamente: Sé bueno, sé paciente, sé puro, perdona, ama al Señor. En suma, no existe en el mundo fuerza moralizadora más poderosa que el catecismo.

Es una pena que esta inmensa fuerza sea poco aprovechada. Los niños estudian poco el catecismo; los adultos, como creen haberlo estudiado, ya no lo estudian más. Y así nos circunda una ignorancia religiosa increíble: gente que conoce la ciencia y leyó una montaña de libros no sabe nada del cristianismo en medio del cual vive, y nunca leyó el Evangelio completo. Sin mencionar a tanta otra gente que frecuenta la Iglesia y se cree piadosa, y, en cambio, carece completamente de ideas religiosas; cree tener la fe y tiene solo sentimentalismos; busca en la piedad no el querer de Dios, sino impresiones, sentimientos y vagas emociones; ignora la verdadera devoción y practica un puñado de devociones vinculadas a ciertas fórmulas, a ciertos números mitad cábala, mitad supersticiones; vacía la cabeza y el corazón y carga únicamente el sistema nervioso.

Existe un cuadro de Murillo llamado *Los niños de la concha*. En un fondo tranquilo y sereno, mientras los ángeles desde lo alto miran y sonrían, el niño Jesús da de beber al pequeño Juan Bautista, en una concha, el agua recogida en un limpiísimo arroyo que corre a sus pies. He aquí la misión del catequista: sustituir a Jesús y dar a los niños, con el catecismo, el agua de la vida eterna.

Depende sobre todo del catequista que su misión tenga éxito o no. San Felipe Neri y san Juan Bosco catequizaban a los muchachos en cualquier rincón de la sacristía, incluso por la calle, sin ambientes lujosos, sin recursos, y, sin embargo, encantaban como magos y transformaban. Contaban con lo que más se necesita: dotes religiosas que hacen al cristiano, dotes morales que hacen al hombre, dotes profesionales o del oficio que hacen al maestro: cualidades externas que no hacen nada nuevo, y no son indispensables, pero dan pleno realce a las cualidades anteriores y permiten al catequista brillar ante los muchachos con la luz plena de cristiano, hombre y maestro.